

Hablar por hablar es una característica muy típica del Homo sapiens hispanicus (y de la cultura mediterránea). De hecho, ya Cicerón y Terencio sostenían aquello de “tantos hombres, tantas opiniones”. En España hay más árbitros que partidos de fútbol y más jueces que delitos. Solo hay que encender la tele o la radio en ciertas bandas horarias para comprobar el despliegue de sabios oficiales, cargados de pseudoideología (más que de razón), que opinan de casi todo y saben de casi nada. QUITAN y ponen razones, juzgan, sentencian, amnistían, y condicionan la vida patria mediante corrientes de opinión que se ajustan no al guion de la lógica argumental sino al perfil ideológico del dueño que les paga o de sus rencillas personales. Así han creado un modelo de sociedad que no habla, grita; que no dialoga, increpa; que no escucha, interrumpe; que no argumenta, y arroja la víscera a la cara del contrincante; que contamina el discurso con insultos y agresiones personales; que no le importa la verdad sino la ruina del contrario o del objetivo a aniquilar. Si la cosa va de políticos, entonces a todo lo anterior se suma el discurso mitinero, en lugar del argumento razonado; la defensa de lo ideológico, por encima de lo objetivo; la rapiña de votos a costa de la humillación del oponente, antes que un análisis mensurado y autocrítico; la verborrea vomitiva del mercenario partidista, sobre el discurso maduro y riguroso que se espera de un responsable público; el disparo de metrallera populista, contra cualquier pájaro que se ponga a tiro.

EN ESTE MUNDO DE CASCAJOS VERBALES, surge un Herrero, astur-percherón de pata noble, curtido entre las huestes de Pelayo (“Asturias es España; lo demás, tierra conquistada”), que enfrenta su escudo al de una profesión adulterada por el vicio del servilismo de segunda o el hiperpedigrí de las élites mediáticas. El Herrero, siempre cortés y astuto, toma la palabra, la calienta a fuego lento hasta que enrojece y empieza a golpear con su martillo todas las deformidades del acerolinguo baboso. En un lado del martillo va Stephen Toulmin, en el otro Perelman; el mango es del Herrero; y golpea y golpea hasta dar forma al léxico, a la sintaxis y a la semántica al servicio de la argumentación limpia; y golpea y golpea hasta dar forma a la razón desnuda. Machaca la falacia hasta desintegrarla en la incandescencia del debate. Hace bella la polémica; convier-

EL MARTILLO DEL HERRERO

TEXTO **Ramón Cacabelos**. Catedrático de Medicina Genómica

te en entretenida y constructiva la disparidad de criterios; hace de la diversidad una virtud; inventa la alquimia del verbo en un alarde de oratoria; hasta la retórica tiene sentido cuando quien la usa es capaz de lograr que sus dos neuronas útiles se entiendan entre ellas. Chorrea sudor con algunos martillazos porque se le resiste el cascajo; pero insiste en su rítmico martilleo hasta que domina a la materia parca. Luego sumerge su acerada obra en una tinaja de agua para enfriar sus fundamentos y como un Miguel Ángel del XXI levanta su Moisés y dice a un colega imaginario: “Y ahora, habla”.

Lo que decimos, en cierta medida, refleja lo que somos casi tanto como lo que hacemos; y cuando lo que decimos lo manifestamos en un medio público, donde quien escucha (quizá inocentemente) piensa que la talla moral de quien expresa una opinión le otorga veracidad, la responsabilidad de lo que decimos se multiplica por el bien o por el mal que podemos hacer a nuestra audiencia. Anacarsis decía que “el lenguaje es lo mejor y lo peor que poseen los hombres”.

HAY PROFESIONES QUE VIVEN DEL USO Y ABUSO DEL VERBO. Carlo Dossi recordaba que “la palabra distingue al hombre de las bestias, pero es la palabra precisamente la que revela muchas veces la bestialidad de los hombres”. Los obreros de la palabra debieran tener en cuenta (para no exponerse demasiado), como diría Gustave Le Bon, que “la abundancia de palabras inútiles es un síntoma de cierta inferioridad mental”. “Toda lengua es un templo en el cual está encerrada, como en un relicario, el alma del que habla”, decía Oliver W. Holmes.

Para Samuel Johnson, la

palabra era el vestido del pensamiento; y, según Ralph W. Emerson, “el hombre no es más que la mitad de sí mismo; la otra mitad es su expresión”. Con el lenguaje creamos estados de opinión en círculos que se expanden desde nosotros mismos hasta la sociedad en la que vivimos; y, como diría Konrad Adenauer, “vivimos bajo el mismo cielo, pero ninguno tenemos el mismo horizonte”. Con nuestras opiniones podemos manipular la realidad y adulterar la razón. “No basta tener razón; mantenerla de

una manera brusca y altanera es deshonorarla y echarla a perder”, decía Fénelon, aparte del daño que causamos en la mente de quien tiene que soportar la descortesía de las formas o la doble hipocresía e inmundicia de las calumnias. Un proverbio árabe dice que “la herida causada por una lanza puede curar, pero la causada por la lengua es incurable”. “Hay quien cree contradecirnos cuando no hace más que repetir una opinión sin atender a la nuestra”, decía Goethe; lo cual completaba Alexander Pope al manifestar que “un ignorante no sostiene opiniones; las opiniones le sostienen a él”. Las mentes brillantes alumbran flexibilidad en su oratoria, porque, como decía Thomas Jefferson, “una opinión equivocada siempre puede ser tolerada donde la razón

es libre de combatirla”. Hay atrevidos que tienen opinión para todo; pero hay cosas que no son opinables, como la ciencia. Charles P. Scott lo reflejaba diciendo que “los comentarios son libres, pero los hechos son sagrados”.

LA OPINIÓN SUELE SER COMO LA CARCASA DE LA CRÍTICA, a través de la cual “los espíritus mediocres condenan todo aquello que no está a su alcance”, según la agudeza de François de la Rochefoucauld. “El que censura a los demás, indirectamente se alaba a sí mismo”, decía Sir Thomas Browne. A la hora de culpabilizar, la diana favorita son los ausentes. Ya lo decía Julio César: “Nada es más fácil que censurar a los muertos”. Detrás de todas estas vilezas siempre hay un fondo de maldad o ignorancia. Decía Confucio que “la ignorancia es la noche de la mente; pero una noche sin luna y sin estrellas”. Ante la sabiduría de Goethe, “no hay espectáculo más terrible que la ignorancia en acción”.

LO BUENO DEL LIBRO de Julio César Herrero *Pero ¿qué me estás contando?*, es que, aunque dirigido a sus colegas de profesión, en realidad es útil para todo el mundo, pues lo

PERO ¿QUÉ ME ESTÁS CONTANDO?

[tertulianos, políticos y pensamiento crítico]

Julio César Herrero



Lo que decimos, en cierta medida, refleja lo que somos casi tanto como lo que hacemos

que decimos, cómo lo decimos, cuándo lo decimos, dónde lo decimos, a quién se lo decimos, y la dosis de verdad, rigor y honradez de nuestras opiniones nos compete a todos, incluso a aquellos que, haciendo uso de lo público, se dedican a hinchar su egolatría, o a aquellos otros que, en el limbo del poder, se sienten levitando sobre el bien y el mal, ignorando que son simples servidores públicos y que un día u otro el teléfono dejará de sonar y alguien podrá pedirles cuentas sobre sus sueños levíticos. ¡Bravo, Herrero! ¡Eres un genio! (pero te lo harán pagar, porque, como me dijo un día “un político honrado”, en este país no se perdona ni la sinceridad ni el éxito). Escucha a Demófilo: “Haz lo que consideres honesto, sin esperar ningún elogio; acuérdate de que el vulgo es un mal juez de las buenas acciones”.

Julio César Herrero, doctor en Ciencias de la Información

